



# DIA DE LA RAZA

RICARDO  
PAIZ CASTILLO

Hace cuatrocientos sesenta y ocho años, la España inmortal de los siglos XVI y XVII, iluminó los caminos de la Historia Universal, con el aparejamiento de nuevas tierras al occidente de Europa, por la ruta del Atlántico tempestuoso y pleno de misterio para los hombres de aquellos remotos tiempos.

América, la virgen América engendrada en la mente del gran visionario que se llamó Cristóbal Colón, surgió a la vida de la civilización y de la cristiandad, el 12 de Octubre de 1492, y este hecho trascendentalísimo en los fastos de la humanidad, calificado como el acontecimiento más grandioso de todos los siglos después del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, es por sí solo suficiente para rubricar con caracteres de eternidad la pujante vitalidad de la nación española, que además, aportó a la cultura un siglo de oro, y hombres de la envergadura de un Balme, de un Menéndez y Pelayo, de un Donoso Cortés, valores positivos y ecuménicos.

Este es, pues, un día de Epifanía para los pueblos hispanos, y como tal debemos celebrarlo con la mente y con el corazón, aprestándonos a defender con hidalguía y vigor los tesoros imponderables de nuestra sacrosanta religión, de nuestra hermosa lengua y de nuestras honestas costumbres, de la preciosa penetración extranjerizante, a fin de conservar ímpoluta la herencia hispánica que nos legaron nuestros mayores, como la más preciada de sus joyas.

Y en esta hora crítica para el mundo, en que se amenaza de muerte la civilización occidental y cristiana que bebimos en la ubre maternal de España, de la España misionera y guerrera, que vació en el molde de la estructura indiana en gestación lo mejor de su contenido cultural, no nos es dable, por consecuencia y por lógica, volver la espalda a la historia, es decir, la razón de ser de nuestra existencia en el tiempo y en el espacio, ya que ello nos conduciría fatalmente a la desintegración de los factores primarios que contribuyeron poderosamente a la formación de la nacionalidad.

Dichos elementos: religión, lengua y costumbres,

repito, constituyen el ser de la hispanidad, y el negarlos por un loco e inconsciente afán de snobismo, sería despeñarnos en el abismo insondable del no ser, lo que debemos evitar.

Porque los pueblos, como los hombres, se atan por la afinidad de ideologías, de aspiraciones y por un común destino.

Tengamos siempre presente en nuestro espíritu las palabras que en tono profético dijera don Ramiro de Maeztu en ocasión memorable: "El ideal hispánico está en pie. Lejos de ser agua pasada, no se superará mientras quede en el mundo un solo hombre que se sienta imperfecto. Y por mucho que se haga para olvidarlo y enterrarlo, mientras lleven nombres españoles la mitad de las tierras del planeta, la idea nuestra seguirá saltando de los libros de mística y ascética a las páginas de la Historia Universal".

"El primer deber del patriotismo es la defensa de los valores patrios legítimos contra todo lo que tienda a despreciarlos".

Cuando se lee con los ojos del espíritu y con criterio justiciero, la historia del descubrimiento, conquista y colonización de América, no se puede menos que admirar las proezas y hazañas de los intrépidos navegantes y conquistadores que la realizaron, y la sabiduría y hondo alcance cristiano que inspiró a toda la legislación indiana, por medio de la cual fue posible la fusión de las razas conquistadora y conquistada, y la evolución intelectual, moral, social de los pueblos aborígenes americanos.

Los descubrimientos colombinos y los realizados años más tarde por españoles o por navegantes al servicio de España, cambiaron los sueños de la humanidad, dieron nuevas inquietudes a las ciencias y transformaron el mundo, con el aparejamiento de nuevas modalidades de carácter político, económico, social y moral.

Vasco Núñez de Balboa descubre el Océano Pacífico y Magallanes y los suyos redondean el globo, en la empresa considerada como la más estupenda de las llevadas a cabo por hombres de mar.

¡Loco eterno a aquellos audaces y atrevidos marineros que arribaron a nuestras costas y que dieron a España la gloria inmarcesible de ser la descubridora de un Continente!

Y digamos con Blanco Villalta: El mar entraba en la sangre española, y ésta corría hacia él. España sentía en su boca el gusto salobre de mares ignotos. Intuía en las rugientes mareas el reclamo de ese océa-





no en que habría de circunstanciarse, para siempre, su más alta gloria.

Pero, el descubrimiento de América no significó para España, únicamente, la parte material de extender sus dominios allende el Atlántico, sino la de transplantar a estas tierras fecundas las esencias de su propia cultura.

Consumada la etapa de los descubrimientos, apareció el conquistador que echó en la tierra firme americana la simiente benéfica de un nuevo orden de cosas y de sistemas, al lado de Hernán Cortés, Pizarro, Almagro, Jiménez de Quesada y de los otros ilustres capitanes de la epopeya de la conquista, iban el sacerdote y el misionero católico que conquistaban almas para Dios y suavizaban las asperezas naturales del poder militar.

"Resumir el papel de las diversas órdenes religiosas en la obra de conversión y doctrina, equivale a reseñar el aspecto más interesante de la civilización americana. Cada clima, cada grado de civilización indígena recibió los beneficios de la evangelización en forma diferente. En esta empresa trabajaron con todo tesón: los franciscanos, los dominicos, los agustinos, los jesuitas".

La espada y la cruz conquistaron y colonizaron a la América. La obra civilizadora de España es una labor cumbre en la Historia..., pues los españoles no sólo construyeron ciudades y levantaron templos, sino que también abrieron escuelas y fundaron Universidades, en las cuales se forjó una raza que al correr del tiempo dió una Sor Juana Inés de la Cruz, un Caldas, un Bolívar, un Darío...

Con sobrada razón ha dicho el gallardo historiador norteamericano Charles F. Lummis: No sólo fueron los españoles los primeros conquistadores y colonizadores, sino también los mejores civilizadores del Nuevo Mundo.

Y don Juan Montalvo en un arranque de justicia cuando dijo:

"España! ¡España! Cuánto de puro hay en nuestra sangre, de noble en nuestro corazón, de claro en nuestro entendimiento, de tío lo tenemos, a tío te lo debemos".

No se puede, ni se debe hablar de la gigantesca

empresa civilizadora desarrollada por España en América, sin dejar de mencionar los nombres beneméritos de Fray Juan de Zumárraga, el introductor de la primera imprenta en el Continente Americano; de don Vasco de Quiroga, el amado "Tata Vasco" de los fieros indios tarascos de Michoacán, a quienes redujo a la obediencia de la autoridad real por los medios pacíficos de la persuasión y del ejemplo, encauzando sus vidas indolentes por la senda del trabajo y la virtud, del Padre Motolinía, el pobre, de Fray Pedro de Gante, del Obispo Francisco de Marroquín y de toda la pléyada de humildes grandes hombres que la Divina Providencia en sus designios inescrutables, lanzó como semilla de mansedumbre y caridad por tierras de América, y para los cuales los hombres que sabemos hacer justicia a quien les merece, elevamos en nuestros corazones un altar a su memoria, como símbolo de reconocimiento y gratitud imperecederos.

Y por más que se pretenda desvirtuar la obra cultural de España, ahí están como testimonio elocuentísimo y eterno, las sabias Leyes de Indias, monumento jurídico de legislación colonial, jamás igualado y mucho menos superado por pueblo alguno de la tierra.

Por ellas se prohibió la esclavitud, se proclamó la libertad de los indios, se les prohibió hacerse la guerra, se les brindó la amistad de los españoles, se reglamentó el régimen de las encomiendas, institución que reguló la convivencia entre españoles e indios, se instituyó la instrucción y adoctrinamiento de los indios como principal fin y deseo de los Reyes de España, se prescribió que las conversiones se hicieran voluntariamente y, en una palabra, se transformó la conquista de América en difusión del espíritu cristiano.

Consagramos, pues, en este día toda nuestra devoción a España, a esa Nación de un enorme pasado, que será grande siempre que sus hijos así lo quieran.

Y, para concluir exclamemos con nuestro bardo inmortal:

¡Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda espíritus fraternos, luminosas almas, salve!

Todas las ilustraciones de este artículo proceden de "Americae" obra copilada y publicada en cuatro volúmenes por Theodoro de Bry, Lieja (1594) que pertenece a la Ayers Collection Newberry Library, Chicago.

